

DOMINGO XXV ORDINARIO “C”

«Dios... o el dinero»

Am 8, 4-7:
Sal 112, 1-8
1 Tm 2, 1-8:
Lc 16, 1-13:

*Contra los que compran por dinero al pobre.
Alabad al Señor, que alza al pobre.
Pedicid por todos los hombres a Dios, que quiere que todos se salven.
No podéis servir a Dios y al dinero.*

I. LA PALABRA DE DIOS

El profeta **Amós** es conocido por su denuncia de los especuladores, a quienes su ambición les lleva al abuso de los más pobres e indefensos.

La **primera carta a Timoteo** es un escrito pastoral, en el que el apóstol recomienda la oración por todos los hombres, pues la voluntad salvífica universal de Dios enseña a los cristianos a no olvidar a nadie.

Jesús expone en el **evangelio** la parábola del administrador infiel, que tiene una enseñanza: nadie puede servir a Dios, si tiene como dios al dinero.

«Los hijos de este mundo son más astutos... que los hijos de la luz». He aquí la enseñanza fundamental de esta parábola. Este administrador renuncia a su ganancia, a los intereses que le correspondían del préstamo, para ganarse amigos que le reciban en su casa cuando quede despedido. Jesús no alaba el fraude, sino que reconoce la astucia de los que se rigen por los principios de este mundo y sugiere que los hijos de la luz deberíamos ser más astutos cuando son los bienes espirituales y eternos los que están en juego. ¡Qué distinto sería si los cristianos pusiéramos en el negocio de la vida eterna, por lo menos, el mismo interés que en los negocios humanos! Debemos preguntarnos: ¿Qué estoy dispuesto a sacrificar por Cristo?

«Ningún siervo puede servir a dos amos». Esta es la explicación profunda de lo anterior. El que tiene como rey y centro de su corazón el dinero, discurse lo posible y lo imposible para tener más. Y lo mismo el que busca fama y honor, gloria humana, poder, comodidad... El que de veras se ha decidido a servir al Señor, está atento a cómo agradarle en todo y se entrega a la construcción del Reino de Dios, buscando que todos le conozcan y le amen. Se nota si servimos al Señor en que cada vez más nuestros pensamientos, anhelos y deseos están centrados en Él y en sus cosas. **«Donde está tu tesoro, allí está tu corazón»** (Lc 12,34). ¿Dónde está puesto mi corazón? ¿Cuál es mi tesoro? ¿A quién sirvo de veras?

El dinero siempre ha sido y es un peligroso ídolo. Es absorbente de los intereses y preocupaciones del hombre. ¿Cuántas personas han caído en sus redes y han sido esclavizadas por él? La corrupción, la desconfianza familiar y social, las rupturas de amistades... tienen muchas veces como causa el señorío del dinero sobre las personas.

Frente a este ídolo Jesús establece una oposición radical para el servidor de Dios. No se puede servir a dos señores.

Entre los mandamientos de Dios, el décimo habla de poner el corazón o en Dios o en los bienes ajenos. Pocas veces se habla de los deseos del corazón, pero es ahí donde se elevan altares: o a Dios o al dinero.

II. LA FE DE LA IGLESIA

Dios, Bien Supremo y fuente de todo bien.
La pobreza de corazón
(2541 – 2550).

Jesús exhorta a sus discípulos a **preferirle a Él respecto a todo y a todos** y les propone «*renunciar a todos sus bienes*» (Lc 14, 33) por Él y por el Evangelio. Poco antes de su pasión les mostró como ejemplo la pobre viuda de Jerusalén que, de su indigencia, dio todo lo que tenía para vivir (Lc 21, 4). **El precepto del desprendimiento de las riquezas es obligatorio para entrar en el Reino de los cielos.**

Todos los cristianos han de intentar **orientar rectamente sus deseos** para que el uso de las cosas de este mundo y el apego a las riquezas no les impidan, en contra del espíritu de pobreza evangélica, buscar el amor perfecto.

«Bienaventurados los pobres en el espíritu» (Mt 5, 3). Las bienaventuranzas revelan un orden de felicidad y de gracia, de belleza y de paz. Jesús celebra la alegría de los pobres, a quienes pertenece ya el Reino: **«Jesucristo llama “pobreza en el Espíritu” a la humildad voluntaria de un espíritu humano y su renuncia; el apóstol nos da como ejemplo la pobreza de Dios cuando dice: “Se hizo pobre por nosotros”»** (S. Gregorio de Nisa).

El Señor se lamenta de **los ricos** porque **encuentran su consuelo en la abundancia de bienes**. **«El orgulloso busca el poder terreno, mientras el pobre en el espíritu busca el Reino de los cielos»** (S. Agustín). El **abandono en la providencia** del Padre del cielo libera de la inquietud por el mañana. La **confianza** en Dios dispone a la bienaventuranza de los pobres: ellos verán a Dios.

El **deseo de la felicidad verdadera** aparta al hombre del apego desordenado a los bienes de este mundo, y tendrá su plenitud en la visión y la bienaventuranza de Dios.

Corresponde, por tanto, al pueblo santo **luchar, con la gracia de lo alto, para obtener los bienes que Dios promete**. Para poseer y contemplar a Dios, los fieles cristianos mortifican sus concupiscencias y, con la ayuda de Dios, vencen las **seducciones del placer y del poder**.

La codicia y concupiscencia por los bienes (2534 – 2540).

El **décimo mandamiento** desdobra y completa el noveno, que versa sobre la concupiscencia de la carne. **Prohibe la codicia** del bien ajeno, raíz del robo, de la rapiña y del fraude, prohibidos por el séptimo mandamiento. La "concupiscencia de los ojos" (1 Jn 2, 16) lleva a la violencia y la injusticia prohibidas por el quinto precepto. La codicia tiene su origen, como la fornicación, en la **idolatría** condenada en las tres primeras prescripciones de la ley (Sb 14,12). El décimo mandamiento **se refiere a la intención del corazón**; resume, con el noveno, todos los preceptos de la Ley.

El **apetito sensible** nos impulsa a desechar las cosas agradables que no poseemos. Así, desechar comer cuando se tiene hambre, o calentarse cuando se tiene frío. Estos deseos son buenos en sí mismos; pero con frecuencia no guardan **la medida de la razón** y nos empujan a codiciar injustamente lo que no es nuestro y pertenece, o es debido, a otra persona.

El décimo mandamiento prohíbe la **avaricia** y el deseo de una apropiación inmoderada de los bienes terrenos. Prohíbe el **deseo desordenado** nacido de la pasión inmoderada de las riquezas y de su poder. Prohíbe también el **deseo de cometer una injusticia** mediante la cual se dañaría al prójimo en sus bienes temporales:

Cuando la Ley nos dice: "No codiciarás", nos dice, en otros términos, que **apartemos nuestros deseos de todo lo que no nos pertenece**. Porque la sed de los bienes del prójimo es inmensa, infinita y jamás saciada como está escrito: «el ojo del avaro no se satisface con su suerte» (Si 14, 9).

No se quebranta este mandamiento deseando obtener cosas que pertenecen al prójimo siempre que sea por **medios justos**.

¿Quiénes son **los que más deben luchar contra sus codicias** pecaminosas? y a los que, por tanto, es preciso exhortar más a observar este precepto: los **comerciantes**, que desean la escasez o la carestía de las mercancías, que ven con tristeza que no son los únicos en comprar y vender, pues de lo contrario podrían vender más caro y comprar a precio más bajo; **los que desean que sus semejantes estén en la miseria** para lucrarse vendiéndoles o comprándoles; los **médicos**, que desean tener enfermos; los **abogados** que anhelan causas y procesos importantes y numerosos.

El décimo mandamiento exige que se destierre del corazón humano la **envidía**. Cuando el profeta Natán quiso estimular el arrepentimiento del rey David, le contó la historia del pobre que sólo poseía una oveja, a la que trataba como una hija, y del rico que, a pesar de sus numerosos rebaños, envidiaba al primero y acabó por robarle la cordera (2 Sam 12, 14). **La envidia puede conducir a las peores fechorías** (Gn 4, 37; 1 R 21, 129). La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo (Sb 2, 24).

La envidia es un **pecado capital**. Manifiesta la **tristeza experimentada ante el bien del prójimo** y el deseo desordenado de poseerlo, aunque sea en forma indebida. **Cuando desea al prójimo un mal grave es un pecado mortal**: San Agustín veía en la envidia el "*pecado diabólico por excelencia*". El bautizado debe luchar contra ella mediante la **benevolencia**. La envidia procede con frecuencia del orgullo; el bautizado ha de esforzarse por vivir en la **humildad**.

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«*De la envidia nacen el odio, la maledicencia, la calumnia, la alegría causada por el mal del prójimo y la tristeza causada por su prosperidad*» (S. Agustín).

«*¿Querríais ver a Dios glorificado por vosotros? Pues bien, alegraos del progreso de vuestro hermano y con ello Dios será glorificado por vosotros. Dios será alabado —se dirá— porque su siervo ha sabido vencer la envidia poniendo su alegría en los méritos de otros?*» (S. Juan Crisóstomo).

«*La promesa de ver a Dios supera toda felicidad. En la Escritura, ver es poseer. El que ve a Dios obtiene todos los bienes que se pueden concebir*» (S. Gregorio de Nisa).

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

*Atardece, anocchece, el alma cesa
de agitarse en el mundo
como una mariposa sacudida*

*La sombra fugitiva ya se esconde.
Un temblor vagabundo
en la penumbra deja su fatiga*

*Y rezamos, muy juntos,
hacia dentro de un gozo sostenido,
Señor, por tu profundo
ser insomne que existe y nos cimienta*

*Señor, gracias, que es tuyo
el universo aún; y cada hombre
hijo es, aunque errabundo,
al final de la tarde, fatigado,
se marche hacia lo oscuro
de sí mismo; Señor, te damos gracias
por este ocaso último.*

Por este rezo súbito. Amén.